

á su ejército. Las demostraciones de Oyama ante la izquierda rusa, y los débiles efectivos que sin la protección de fuertes atrincheramientos dejó en su propia ala izquierda—con el propósito de engañar á Kuropatkin y ya en previsión de lo que después fué batalla de Mukden—pudieron costarle caros, porque para hacer frente á la acometida de Gripenberg hubo de desguarnecer su centro y dejar sin enlace á las dos alas.

En San-de-pu tuvo su origen lo acontecido en Mukden. La facilidad encontrada por los rusos en su avance por las llanuras que hay entre el Liao y el Sha y lo descubierto y llano de esta zona, dieron lugar á que Kuropatkin creyese libre de todo riesgo á su derecha y concentrase enteramente su atención en la izquierda. El concurso inesperado del ejército de Kavamura, confirmó á Kuropatkin en su funesta creencia, y el mal empleo de la división Michtchenko no permitió descubrir á tiempo el movimiento envolvente de Nogi y Oku. A pesar de esto, del 6 al 8 de Marzo los rusos tuvieron virtualmente ganada la batalla, y si Kuropatkin hubiese tenido la mitad siquiera de la audacia y energía de su rival, en Mukden habria desaparecido más de la mitad del ejército japonés. Pero, lo mismo que en Liao-Yang, en el Sha y en San-de-pu, Kuropatkin se creyó derrotado antes de serlo, y más que de la victoria se preocupó de la conservación de sus tropas. Emprendida la retirada en aquellos momentos mismos en que Linevitch acababa de expedir al I ejército la orden de ataque general, y dispuesta contra el parecer de Linevitch y de sus tenientes, todos los cuales no quisieron secundarla sin que se les diese la orden por escrito, resultaron ¿cómo no? victoriosos los extenuados y quebrantados japoneses.

Igualmente destrozados los dos beligerantes en Mukden, impusóse una larga labor de reconstitución, y las operaciones entraron en nuevo periodo de calma. No es posible juzgar con acierto á Linevitch ni formular juicio acerca de los planes que abrigaba; lo probable es que quisiera reñir una batalla defensiva terminándola por un contra-ataque general. En cuanto á Oyama, sábase positivamente que no había adoptado ninguna de las medidas que siempre preceden á una batalla formal, y es de suponer que la situación en que quedaron los dos ejércitos en Marzo se hubiese prolongado

hasta Octubre. Pero el poco acierto del generalísimo japonés en colocar á sus tropas á cubierto de un rápido é inesperado ataque, poco acierto que se hizo patente en el Sha y en San-de-pu, se reflejó también en el último periodo de la campaña; porque cuando la algará del general Michtchenko á Sin-min-tun, en Mayo último, la caballería rusa llegó sin sospecharlo á menos de dos kilómetros del Cuartel general del general Nogi, donde se encontraba éste con todo su Estado Mayor y los agregados militares y los corresponsales extranjeros, defendido solo por dos compañías—que rompieron el fuego—y algunos escuadrones; los rusos continuaron su camino, sin presumir que dejaban atrás presa tan valiosa y no pudiendo imaginar que se llegara con tanta facilidad al Cuartel general de la izquierda japonesa, ni que las tropas de ésta estuviesen diseminadas, sin apenas núcleos de resistencia.

**

En resumen, juzgando á grandes rasgos y prescindiendo de detalles y sucesos que se apartan de la línea general, sin desvirtuarla, el general Kuropatkin condujo las operaciones estratégicas con mayor maestría que Oyama, pero no supo dirigir las batallas ni tuvo el temple de alma necesario para afrontar hasta el fin las situaciones más difíciles. Los planes desarrollados por los japoneses denotan á las claras un minucioso estudio realizado con muchísima anterioridad á su ejecución, y resultaron por consiguiente poco eficaces para lograr el fin perseguido; pero en la batalla, generales y soldados cerraron los ojos y se lanzaron al ataque sin reparar en las consecuencias. Buen estratega y mal táctico, Kuropatkin perdió las batallas, pero si fué vencido no fué derrotado; deplorables estrategias y guerreros excelentes, los japoneses ganaron las batallas, pero no supieron ganar la guerra, presenciando siempre cómo el enemigo se retiraba burlando á sus vencedores.

No fueron únicamente sin embargo, Kuropatkin y Oyama y sus respectivos ejércitos quienes dieron á la guerra el carácter que ha tenido; mediaron además otras personas y otros sucesos, como veremos en artículos siguientes.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

Imp. CASTILLO.

6 Octubre 1905

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: El general Kondratenko, por F. Stepanoff.—En memoria de R. I. Kondratenko, por P. V.—Anécdotas del sitio de Port-Arthur.—Resumen de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



General Kondratenko

EL GENERAL KONDRAŦENKÓ

La figura del general Kondratenko, se agiganta á medida que transcurre el tiempo.

El relieve que adquirió en Port-Arthur me mueve á dedicar unas líneas al general, á quien conocí en Marzo del año pasado.

Todos los actos del sitio de la plaza recuerdan los méritos de Román Isidorovicht Kondratenko, por la parte que en ellos tomó, por las múltiples comisiones que allí desempeñó, y porque no hubo un solo hecho de armas en el que no fuera autor. Distinguido desde el primer momento, su personalidad se puso más de manifiesto cuando, después de Kin-tchau, las tropas se retiraron a la línea montañosa que dista de 15 á 19 verstas de Port-Arthur. El flanco derecho de esta posición quedó guarnecido por tropas de la 7.^a división de tiradores de la Siberia Oriental, mandada por Kondratenko, y á partir de este instante no fué posible que el general se sustrajera á los combates, aunque la mayor parte de su división permanecía en Port-Arthur.

Recuerdo ahora que arrastrado el general por su espíritu de ofensiva, imaginó, después de nuestro triunfo en la montaña Verde, apoderarse de la montaña Larga mediante un ataque de revés, en el cual condujo personalmente una compañía á la carga. El general comenzó el ataque á la cabeza de la compañía, puso en posición una ametralladora para secundar el fuego de nuestra artillería, y, en una palabra, se ocupó en todos los detalles, creyendo que necesariamente, si se ejecutaba todo con arreglo á lo previsto, la operación tendría éxito. La crítica severa y fría tal vez reproche al general por este hecho; pero no es posible censurar ese espíritu emprendedor de Román Isidorovitch, porque esto inflamaba el valor de las tropas á las que contagiaba su bravura.

Joven, en la plenitud de sus fuerzas, seducido por las cosas de la guerra, tranquilo é impávido en el peligro, poseyendo los conocimientos adquiridos en dos Academias, era imposible que pudiera encontrarse mejor caudillo para la defensa del frente de tierra. Brillaban además en él una extraordinaria modestia, maneras simpáticas y agradables para sus subordinados, el don de oír á todos y resolver inmediatamente lo más acertado, y la proverbial hospitalidad rusa... La puerta de la casa del general estaba siempre abierta, y todos podían entrar á oír sus consejos ó escuchar su parecer; si no se quería ofender al general, no se podía salir de allí sin haber partido con él el pan y la sal. Los rasgos principales de su ca-

rácter eran su extraordinaria diligencia y actividad, una gran fuerza de voluntad y una colosal capacidad para el trabajo.

De ordinario, el general se levantaba temprano, recorría las posiciones, y luego informaba del resultado de la visita al general Smirnoff ó al general Stössel; cuando no tenía necesidad de informar no permanecía mucho tiempo con su Estado Mayor, porque el trabajo de oficina no era del agrado del general.

A las dos comía, permitiéndose entonces un reposo relativamente largo. Le gustaba regalarse en las comidas, y hacía que sus invitados le refiriesen todos los hechos y acciones de que tenían noticia. Esto servía de reposo á su inteligencia, siempre ocupada en lo que se refería á la defensa de la plaza; después, en el círculo de sus amigos, discutía las cuestiones diarias de más palpitante interés.

Oficiales de todas clases, grados, armas, jurisdicciones y jerarquías, acudían allí con noticias ó para examinar proyectos y planes.

Estas conversaciones y las discusiones de sobremesa tenían un carácter absolutamente privado, y todos podían expresarse con entera franqueza, de lo que resultaban grandes beneficios para la defensa de la plaza. Cada cual podía desarrollar sus ideas, con la seguridad de que no sería criticado por causa de las mismas. Gracias á esto construimos máquinas movidas á brazo; fué ideada una ametralladora; inventáronse escudos contra los proyectiles de fusil y de cañón, y minas metálicas; pusiéronse en estado de servicio algunas piezas chinas de artillería (encontradas en los almacenes, donde figuraban entre los trofeos de la guerra anterior), viejos morteros, etc.

Además de esto, siempre que surgían rozamientos entre las diversas jurisdicciones, se acudía al general, quien era el que mejor apaciguaba los ánimos; tal era su prestigio. El general Kondratenko fué como el cemento, porque unió y trabó todos los órganos activos para la mejor defensa de la fortaleza.

Merced á estas labores se completó extraordinariamente la defensa del puerto, con toda clase de recursos técnicos debidos á los conocimientos de los oficiales de marina, y contruidos en los talleres navales. Lo mismo se hizo en el frente de tierra, manteniendo á raya al enemigo durante largo

tiempo. Así, pudimos sostenernos en la Montaña Alta (203 metros), en el mes de Septiembre, gracias á las granadas de mano ideadas por el teniente Podgursk; de suerte que el enemigo invirtió cerca de dos meses y medio más en apoderarse de la posición.

Más adelante, en el mes de Octubre, el general Kondratenko concentró todas las fuerzas en los sectores de tierra, y como el enemigo no distaba más que 30 ó 40 pasos de los puntos atacados, se valió de granadas de mano y de morteros. Ni el fuego de fusilería ni el de artillería eran eficaces, á causa de la naturaleza del terreno. Fué necesario valerse del fuego de sumersión, ejecuta-

tal se gastaban diariamente, por término medio, unos 1.000. La aplicación de todos estos ingenios á la defensa de la plaza, fué obra exclusivamente del general.

Tanta importancia alcanzaron las labores, que no hubo bastantes operarios para ejecutarlas, y fué preciso echar mano de la tropa, facilitada en abundancia por el gobernador.

La táctica del general Kondratenko era sencillamente esta: oponerse al ataque, concentrando el núcleo principal de las fuerzas en el punto más importante.

Así, en Agosto, las reservas fueron enviadas al frente oriental, y rechazaron brillantemente los asaltos de aquel mes.



Generales Stössel y Kondratenko, presenciando el montaje de un cañón en Liao-ti-chan

do por estos nuevos métodos; así, el general dió grande impulso al empleo de las granadas de mano y torpedos (1).

La construcción de las granadas se hizo en grande escala: en los últimos días del sitio funcionaban cinco talleres. En uno solo de los frentes, el oriental, se consumían diariamente 1.000 granadas de mano. Estos proyectiles eran muy solicitados por nuestros soldados.

Fué menester también iluminar el terreno peligroso, en las noches oscuras. Montáronse proyectores, y se hizo abundante uso de los cohetes de iluminación, que alumbraban los matorrales y permitían reconocer los lugares sospechosos. En el frente orien-

(1) Las piezas de artillería quedaron reservadas para el caso de un asalto. (Nota del A.)

En Septiembre, las reservas se trasladaron ocultamente (1) todas ellas, á la Montaña Alta.

En Octubre, al revés, pasaron del frente occidental al oriental.

Cierto es que en todos los combates tuvieron grande influencia la iniciativa de los jefes y la bravura de nuestros soldados, pero el papel directivo de todo correspondió siempre al comandante (2) de la defensa terrestre.

Esto se puso más de manifiesto en los ataques contra la Montaña Alta.

El 14 (27) de Noviembre, los japoneses

(1) Generalmente no bastaban las reservas y era menester acudir á las tropas de la línea defensiva. (Nota del A.)

(2) El general Kondratenko. (Nota del T.)

emprendieron el asalto, y durante ocho días vieron frustrado su empeño. El general Kondratenko decidió cargar el juego á una carta—si se permite la expresión;—la Montaña Alta no era el único punto atacado. Nuestras pérdidas en Noviembre ascendieron á 153 oficiales y 6.586 clases y soldados, de ellos 37 oficiales y 1.148 hombres muer-



Uno de los más esforzados defensores de Port-Arthur: general Irman y sus ayudantes

tos. Atendiendo al corto efectivo de la guarnición en relación con el desarrollo de la línea defensiva (22 verstas el frente de tierra y 9 verstas el frente marítimo), la pérdida de la Montaña Alta fué un golpe irremediable para Port-Arthur.

El general contempló impasible este suceso, y aunque en la plaza escaseaban los recursos, exclamó: «Ahora comienza el período final».

Y, en efecto, á partir de este momento,

esperó que nuevos golpes sucedieran al primero.

Algunos días después de la toma de la Montaña Alta por los japoneses, fué evidente para todos que las granadas enemigas de 28 centímetros destruirían los restos de nuestra escuadra.

La comunicación diaria entre la ciudad

tras manos, y nosotros y los japoneses permanecimos largo tiempo frente á frente, separados por un través. Gradualmente los japoneses ocuparon este través. Pero no nos retiramos, ni los japoneses consiguieron desalojarnos de la galería, que les fué imposible volar.

El 2 (15) de Diciembre, los japoneses recurrieron á un ardid: quemaron en la galería una materia de arsénico, que difundió

occidental, á practicar la visita acostumbrada,—se detuviera en el camino, y se dirigiera al frente oriental, entrando en el fuerte número II. Al llegar el general al segundo sector de la defensa, salieron á recibirle los jefes de este sector: el teniente coronel de Estado Mayor Naumenko y otros oficiales. Todos marcharon al fuerte número II. En el camino el general saludó á sus subordinados. Luego llamó al teniente coronel



Casa del teniente coronel Turtoff, en Port-Arthur, alcanzada por dos granadas japonesas de 28 cm., en la noche del 26 de Octubre de 1904

abundantes gases irrespirables. Nuestros centinelas solo pudieron resistir algunos minutos, y al cabo cayeron desvanecidos. Esto nos obligó á relevar la gente muy á menudo. Mucho tiempo se prolongó esta situación, hasta que, finalmente, el teniente coronel de ingenieros Rachevski ideó un medio, no importa cual, que salvó al fuerte número II.

Probablemente, la grave situación del fuerte número II fué la causa de que el general Kondratenko—que en la tarde del 2 (15) de Diciembre había marchado al frente

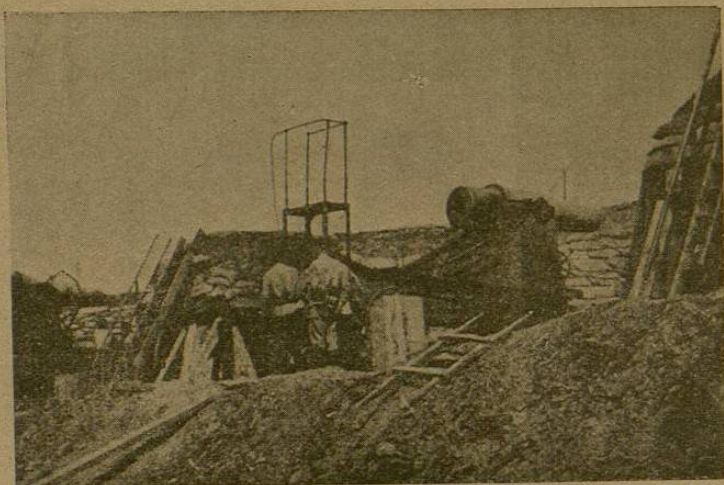
Rachevski, valiéndose del teléfono del Estado Mayor del general Gorbátovski.

Como antes he dicho, la constante preocupación del general Kondratenko era encontrar solución satisfactoria á las múltiples y difíciles cuestiones que se iban presentando. Al llegar al fuerte llamó á los jefes subalternos del fuerte, de la batería y del alojamiento, así como al jefe principal, y quiso ver todo lo que ocurría.

El general Kondratenko, con su séquito y estos oficiales, entró en la casamata del fuerte número II, para examinar la cuestión

más perentoria: el medio mejor para salvar el fuerte número II. La deliberación comenzó en medio de la mayor tranquilidad. A la sazón, el enemigo bombardeaba el fuerte con sus cañones de 28 centímetros. Siete granadas pasaron por encima, pero la siguiente cayó en el fuerte; entonces los japoneses suspendieron el fuego.

Inmediatamente, y bien á las claras por un inexcrutable designio de Dios, un último proyectil alcanzó la obra y penetró en el hormigón del fuerte, precisamente al lado de donde había estallado la granada anterior, y atravesó el techo de la casamata donde se encontraba el general Kondratenko.



Port-Arthur: principal batería de morteros

Según me ha referido un testigo presencial, oyóse un estrépito horrible, apagáronse todas las luces, después salieron de la casamata densas nubes de gases, llamas, humo, arena y piedras. Luego, todo quedó en silencio.

¡Qué momento! ¡En aquel lugar estaba nuestro amado jefe! Con él encontraron la muerte: el teniente coronel Naumenko; el teniente coronel de ingenieros Rachevski; el segundo capitán de ingenieros Zedgonidze; el teniente Senkevitch, del 26.º regimiento de tiradores de la Siberia Oriental; el segundo capitán Kabitski, del 28.º regimiento de tiradores de la Siberia Oriental; el segundo capitán Trikovski, del 7.º batallón de reserva; y los alféreces Smolianinoff y Neeloff. Quedaron heridos siete hombres, entre ellos el comandante del fuerte número

II, teniente Froloff; los alféreces Aroff y Pepelnitski, y otros. De cuantos había en la casamata, solo quedó ileso el enseña (sargento) de zapadores Berg.

El suceso fué al punto conocido por las autoridades de la plaza, quienes dispusieron que los cuerpos del general Kondratenko y del que había sido su jefe de Estado Mayor, teniente coronel Naumenko, fueran conducidos al alojamiento del difunto general. Los demás muertos y heridos fueron llevados al hospital.

El 2 (15) de Diciembre, fué el día más triste en Port-Arthur.

Si la muerte del almirante Makaroff produjo una profunda impresión en las tropas,

dispuestas á rechazar al enemigo; la impresión que la muerte del general Kondratenko causó en la guarnición—puesta en una situación sin salida—es imposible de describir.

Yo solamente pude asistir á una de las misas que se rezaron en sufragio del general, porque estaba de servicio y solo pude bajar un momento á la plaza. Cuando en la tarde del 3 (16) de Diciembre me acerqué á aquella casita, tan conocida por todos, vi al sacerdote con el diácono y el subdiácono. En la sala estaba tendido el cadáver del general Kondratenko, y á su lado el de su leal auxiliar en la vida de campaña, teniente coronel Naumenko. Los dos tenían el rostro ensangrentado, pero la muerte apenas había alterado la expresión de sus facciones. Evidentemente la muerte fué instantánea y

debida á la fuerte conmoción de los gases.

Aguardaban á las autoridades para empezar el responso. No tardó en llegar el general Stössel, y comenzó la misa, que entonó el sacerdote de servicio, auxiliado por el diácono; los cantores eran soldados. ¡Jamás olvidaré aquellos tristes cantos!

Cuando terminó el responso todos llorábamos: generales, oficiales y soldados.

Los generales se alejaron. Yo me acerqué al teniente coronel de marina Gerasimoff—quien había trabajado mucho en la confección de granadas de mano, petardos y cohetes—y le pregunté: ¿Continuará ahora la construcción y envío á las posiciones, de las granadas de mano?

No me respondió y se limitó á estrecharme la mano: las lágrimas le sofocaban.

F. STEPANOFF

(Traducido directamente del ruso, por J. A.)

EN MEMORIA DE

R. I. KONDRATENKO

De corta estatura, nervioso, siempre preocupado, reflejando en su mirada una bondad infinita, de ojos brillantes, el general Kondratenko ejercía una verdadera fascinación sobre todos, según se demostró palpablemente en la defensa de Port-Arthur. El general Dragomiroff dijo en cierta ocasión al general Kondratenko: «Tú me pasarás delante, y nada tendré que corregirte». Y estas frases no deben maravillar á nadie, aplicadas como fueron al general Kondratenko, y pronunciadas por el modesto héroe ruso, el hombre amado que acaba de morir, exento de todo amor propio, y dotado de una clarividencia extraordinaria.

Agradábale á Kondratenko trabajar por el bien de la patria, sin pensar en recompensas, ni dando publicidad á lo que hacía, sino procurando únicamente que sus labores, cualesquiera que fuesen, resultaran útiles. No se acordaba nunca de sí mismo, era en extremo desinteresado, y jamás era el *yo* quien inspiraba sus acciones: estos eran los rasgos culminantes del héroe de Port-Arthur.

¡Quién podía adivinar que esos rasgos irían á brillar intensamente en Port-Arthur! Allá lejos, donde el amigo se ponía frente al amigo, y surgían cuestiones de amor propio entre los generales Stössel, Smirnoff, Fok y

el almirante Vitgeft, bastaba la aparición del general Kondratenko para reconciliar y unir todas las voluntades. Con asombro se decían unos y otros en la plaza: Si el general no cesa de conferenciar con el general Stössel y con el general Smirnoff, y de nuevo visita al general Stössel, habla con el almirante Vitgeft, con Grigorovitch... ¿cómo es posible que tenga tiempo para ocuparse en los asuntos de su división? No tardaron en ponerse de manifiesto los resultados de estas idas y venidas: los trabajos en la Montaña Alta, en la Larga, en la del Angulo, en todos los puntos importantes, adquirieron grande impulso; comenzáronse muchas obras simultáneamente, y á pesar de las dificultades de todo género, muy graves á juicio de algunos egoistas que han sobrevivido al difunto Román Isidorovitch, lo que no se había concluido antes fué terminado, y en algunos meses los trabajos dejaron muy atrás á lo que había tardado en construirse algunos años.

El general Stössel comprendió entonces la ayuda que para la defensa de Port-Arthur encontraría en el general Kondratenko, y desde aquel momento le prestó todo su apoyo. A la vez que llevaba á cabo esas labores diplomáticas, en cierto modo parecidas á los trabajos de zapa de los ingenieros, se mostraba afable en las conversaciones con sus inferiores, sencillo, y les animaba al trabajo, al que inmediatamente dió grande impulso el gran ciudadano de la tierra rusa: Román Isidorovitch.

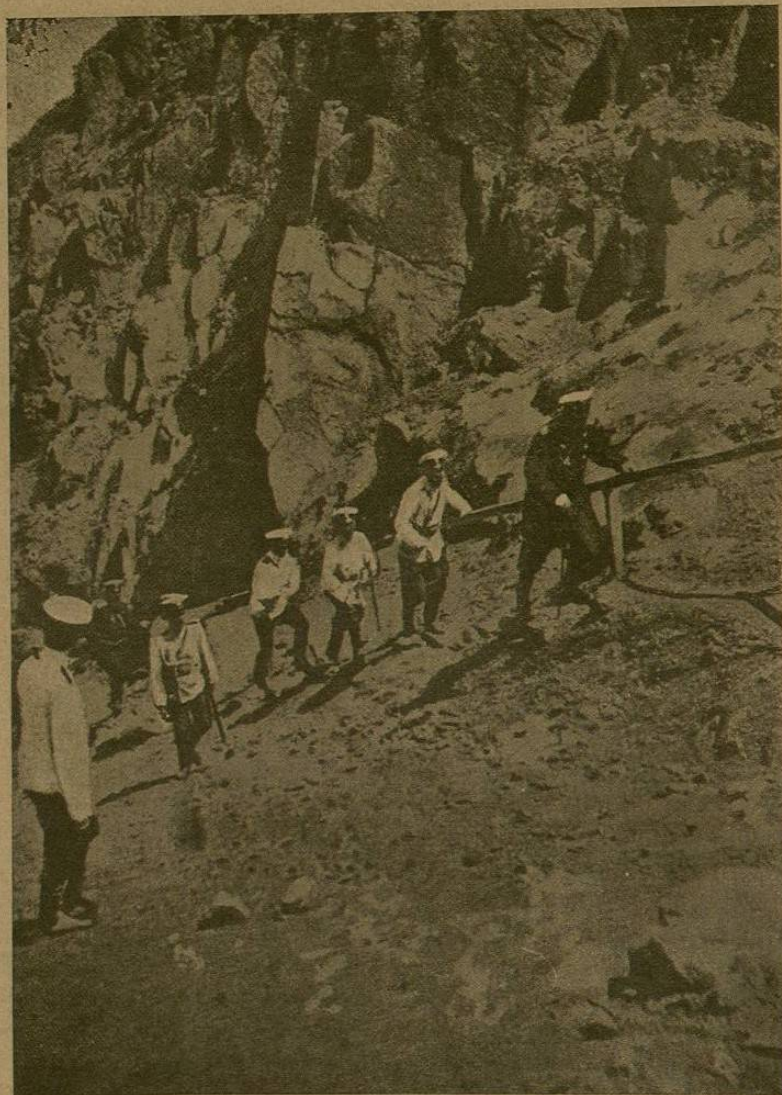
No concebía que nadie pudiera rehusar su concurso á la obra de carácter general que á todos interesaba. El día de la batalla de Kin-tchau, el almirante Vitgeft no quiso enviar sus cruceros y cañoneros en apoyo del general Fok y del infortunado 5.º regimiento de tiradores de la Siberia Oriental, que resistió heroicamente hasta las dos de la tarde todos los ataques de los japoneses. Poseído de indignación, el general Kondratenko repetía las palabras del almirante Vitgeft en respuesta á la petición que le hizo de acudir en auxilio de Fok: «Vitgeft me ha dicho—exclamaba el general—que preferiría ser asado á fuego lento antes que enviar á Kin-tchau cualquier otro barco además del cañonero *Bobr* (1) ...» Nada fué bastante á

(1) *Castor*. (Nota del T.)

quitar la venda que cegaba al jefe de las fuerzas navales, quien creía que los problemas de la escuadra y de la defensa de la plaza eran independientes y no guardaban ninguna relación los unos con los otros; más adelante, desde la cumbre de la Montaña Alta, el general Kondratenko mostró el

procedencias, formaran un conjunto harmónico que defendiera la plaza y ejecutara todo lo conveniente para rechazar los asaltos del sitiador.

Estos diarios esfuerzos levantaron el espíritu de las tropas de los generales Stössel y Smirnoff, y borrarón las diferencias sur-



Generales Stössel y Kondratenko, subiendo a Liao-ti-chan

puerto al almirante, y le dijo que la última hora de la flota sonaría en cuanto los japoneses se hicieran dueños de aquella posición.

Con todas sus fuerzas el general rogó, suplicó, aconsejó, visitó personalmente á unos y otros, con objeto de conseguir que todas las fuerzas de la guarnición de Port-Arthur, aunque reunidas á toda prisa y de varias

gidas. Esto sucedió en los primeros meses que siguieron á la batalla de Kin-tchau.

Desde el primer combate en la Montaña Verde se puso patente la actividad del general Kondratenko. Entonces demostró que cuando llega la ocasión es preciso sacrificarse; infundió ánimo en los tiradores, y cogiendo un fusil se puso á la cabeza de las guerrillas. No apreciando su vida en más

que la del último soldado, creyó que era menester dar ejemplo, y no vaciló en sacrificar su existencia...

En la Montaña Verde trabajó como nadie el Totleben de Port-Arthur, y desde entonces se convirtió en el héroe, en el hombre, en el ejemplo, que había encerrado todas las energías y los afectos en la plaza, y que estaba dispuesto á perecer por su patria, defendiendo la fortaleza hasta el fin.

Claramente demostró el general Kondratenko, en todos sus actos, que nunca rehuiría el combate, y que ni una sola vez dejaría de tomar parte en todos los hechos de armas.

Así sucedió en los asaltos del mes de Oc-

¡Qué actividad tan grande la suya! Los que ignoran los nombres de los generales Irman y Semenoff, héroes los dos, debieran haber estado allá lejos, en el sitio del peligro. El general Kondratenko buscaba á los hombres que le eran necesarios, á los que tenían un temple de alma como el suyo... El artillero Irmann, viendo con dolor de su corazón que nos retiramos de la Montaña de las Tres Cabezas, exclamó: ¿Dónde nos retiramos ahora? ¿Al mar?

En uno de los contraataques ordenados por el general Kondratenko, tomó el mando de los tiradores un coronel de artillería. En aquellos momentos hubo dos héroes con las tropas. Al punto acudieron todos los infati-



Compañía rusa marchando en socorro de los defensores de la Montaña Alta (25 Septiembre, 1904)

tubre y en los ataques contra la Montaña Alta. Despreciando su vida con la mayor audacia, el general Kondratenko no se daba cuenta de sus proezas. Cuando encontraba á oficiales que no tenían puesto en el combate—como por ejemplo al capitán de artillería Gobiát, durante el asalto de la Montaña Alta, en Noviembre,—les invitaba á que acudieran al teatro de la lucha, á tomar parte en los contraataques. Siempre recordaré las palabras del príncipe Andrei al conde L. N. Tolts, cuando Kutuzoff bendijo á Bagration durante la batalla del Chengrab: «Sí, ese hombre tiene el derecho de enviar á la muerte á los demás».

También Kondratenko tenía el derecho de enviar á la muerte á los otros.

gables cooperadores del general: el bravo coronel de artillería H. A. Romanovski, el teniente coronel Naumenko, el teniente coronel Rachevski, el capitán Gobiát, el segundo capitán Dechin. Todos ellos parecían haber tomado como modelo al general Kondratenko, y para ellos no rezaba la frase: «esto no me corresponde hacerlo». Estos oficiales atendían solícitos las indicaciones del general, y eran ellos quienes conducían las municiones, la artillería, los materiales para blindajes, las provisiones; quienes transmitían las respuestas á las preguntas que llegaban de los fuertes, los que iban á todas partes; cuando no se podía ordenar, bastaba la súplica ó la indicación.

En el Estado Mayor del general Kondra-